

Traductología cognitiva

Ricardo Muñoz

Mi objetivo confeso en esta charla de hoy es despertar su curiosidad. Las primeras preguntas que uno debe hacerse cuando decide estudiar algo es qué estudiar, y por qué y para qué hacerlo. Definir la traducción, en su sentido amplio, no es tan fácil. No lo es porque se mezclan nociones de otros campos y perspectivas. Por ejemplo, para los neurocientíficos traducir es evocar en nuestro pensamiento una palabra en una lengua a partir de otra que se ofrece como estímulo. Eso basta para generar reacciones cerebrales que se pueden estudiar con técnicas de imagen (como EEG, RMf, PET). En el extremo opuesto, muchos pensamos que traducir comienza cuando alguien motiva a otra persona a hacerlo y termina cuando se termina la tarea (por ejemplo, en la traducción profesional termina al recibir el pago). Otro polo de variación es el modo, desde la traducción de libros con cálamo y candil hasta la interpretación remota con asistencia de herramientas digitales terminológicas.

Hay otros vectores que permiten construir lo que llamamos traducción de un modo laxo, pero no me puedo extender. Reconozcamos la utilidad de aproximaciones como las neurocientíficas y psicolingüísticas para estudiar algunos aspectos que no se pueden abordar de otro modo, aunque cercenen la tarea como la conciben los ciudadanos de a pie, y describamos traducir, en su sentido más amplio pero bien delimitado, como toda actividad en la que al menos dos partes de un proceso comunicativo hablan variedades lingüísticas distintas —ya sean lenguas, ya dialectos— y en las que al menos una persona media entre esas partes para posibilitar o mejorar la comunicación. Esta definición cubre las formas escritas, orales y signadas de la traducción en todas sus formas, como postedición, transcreación, subtítulo tradicional y en vivo, interpretación en todas sus formas, escritura oral, *fansubbing*, *scanlating* y demás. Se trata de la “comunicación multilectal mediada”, una etiqueta tan acertada en el fondo como torpe en la forma. Ya tenemos el qué.

En cuanto al porqué (me adelanto a los objetivos), se pueden adoptar muchos puntos de vista, estudiar la traducción desde la sociología o la tecnología. No obstante, la diversidad de sociedades y culturas lo pone difícil, y la continua evolución de la tecnología no promete un conocimiento muy estable. Unos pueden encontrar que algo es cierto, pero resulta serlo para un país, para una época. Por otro lado, un manual sobre el uso de herramientas informáticas es un poco como los antiguos listines telefónicos, que había que renovar cada año o dos. Uno consigue aclararse sobre cómo formar a traductores en un determinado entorno digital y, para cuando va a hacerlo, ese entorno estará obsoleto. La universidad, especialmente la pública, no se dedica exclusivamente a formar profesionales y su necesaria estabilidad demanda que vaya siempre un paso por detrás (pero sólo uno) de los cambios del mercado, para sobrevivir a las tendencias fugaces. Piensen en el ascenso y caída del Blu-ray, de las tabletas, de los kits de traducción.

Estudiar los procesos mentales de traductores e intérpretes es interesante porque uno intenta encontrar el cómo. Esto es, uno busca averiguar el modo en que traduce la gente. Parece que los textos se procesan de forma básicamente similar. Da igual que sea un cuento infantil o las instrucciones para solicitar una subvención —uno lee linealmente, comprende más o menos igual, vuelve atrás, decide cómo traducirlo en segmentos breves del mismo modo. En otras palabras, centrarse en los procesos mentales (en lugar de hacerlo en características externas, como los tipos de texto) permite reducir considerablemente las variables para la investigación empírica. Lo que encontramos se puede generalizar. Además, suponemos que los procesos mentales son del mismo tipo en toda la humanidad, aunque los “contenidos” puedan ser diferentes. Nadie tiene las mismas ideas, recuerdos, conocimientos, intereses, anhelos, placeres, traumas y fobias que los demás. Sin embargo, recordar y comparar, abstraer y decidir se hacen siempre igual. Por tanto, es probable que, estudiando lo que ocurre en la mente de los traductores, los conocimientos derivados de este enfoque sobrevivan a nuevas realidades en las que las tareas de traducción e interpretación se ejecuten de otros modos.

Abordemos el para qué. No sé si se han preguntado los lectores por qué no tenemos una teoría sobre cómo se atan los zapatos los pelirrojos. La respuesta es bien sencilla. Sería inútil, todo indica que lo hacen como los demás. Es decir, rechazamos una teoría así porque es inútil, no sabríamos qué hacer con ella. Así que busquemos saber algo sobre la traducción que sea útil. Más difícil está llegar a un acuerdo sobre qué es útil, porque las cosas no tienen que ser útiles de inmediato. La clave, quizás, radica en las expectativas de que lo sea. Podemos estudiar la partición celular en la esperanza de averiguar mecanismos relevantes para curar algún cáncer, aunque la propia partición de momento no nos sirva para nada. Pero ya sabemos, entonces, que tenemos que construir un conocimiento que aspire a generalizarse a nuevos fenómenos, que nos permita entender nuevos casos, incluso predecir lo que vamos a hacer.

Esto, en traducción —en la comunicación multilectal mediada— nos brinda cuatro objetivos principales. El primero de ellos, el más obvio, es formar a mediadores. Saber cómo hacerlo, cómo mejorar el modo y los resultados. El segundo objetivo es mejorar las condiciones y modos de trabajo de los mediadores. No desde perspectivas laborales (aunque también), sino desde perspectivas técnicas: cuál es el mejor modo de planear la tarea, de leer un texto, de trabajar en equipo, de repasar evitando despistes, de llegar a fin de mes sin haberte quemado en una jornada laboral interminable. La tercera meta es la calidad. Las disciplinas universitarias han mejorado la calidad de la sanidad, de los autos, de las plantas. No hay nada extraño en buscar mejorar la calidad de la comunicación y de los textos y otros productos comunicativos, se explica por sí solo. Finalmente, desde una perspectiva cognitiva, traducir no es sólo un asunto profesional. Hoy todos usamos traducción automática con fines profesionales y no profesionales. El común de los mortales no entiende la comunicación, los intrínquilis del lenguaje ni las triquiñuelas técnicas como nosotros. Hay que educarlos no tanto sobre cómo usarla bien sino sobre cómo no usarla mal y saber cuándo necesitan a un mediador profesional.

Desde este marco que acabo de esbozar, quiero sugerir algunas respuestas de la traductología cognitiva a las propuestas de los organizadores, pero primero tendré que aclarar qué es la traductología cognitiva.

La *traductología cognitiva* es una escuela o corriente de pensamiento dentro de los estudios cognitivos de la traducción y la interpretación. Hay otra, más antigua, que es la *traductología computacional* (también conocida como *estudios del proceso de traducción*, o TPR, por sus siglas en inglés), una tradición próxima a la lingüística generativa que en las ciencias cognitivas se conoce como *cognitivismo* y que alude a los enfoques basados en el procesamiento de la información. En esta aproximación, la mente está separada del cerebro, es una máquina, un ordenador, funciona de modo autónomo con mecanismos que van produciendo pensamientos racionales en cadena para resolver problemas, tomar decisiones, mantener a raya las emociones, aprehender la realidad del entorno.

La traductología cognitiva, por su parte, se inspira en la cognición situada. Desde este punto de vista, la mente y el cerebro no son cosas distintas. Más bien, la mente es una propiedad emergente no ya del cerebro, sino de la interacción entre el cerebro y el mundo. Pensamos porque interactuamos, pensamos para hacerlo, ya con otra gente, ya con un bolígrafo. A menudo se ha distinguido entre funciones cognitivas inferiores y superiores. Las inferiores las compartiríamos con los animales, según la tradición, mientras que las superiores serían únicas al ser humano. Pero muchas funciones cognitivas elementales son necesarias para las funciones cognitivas "superiores".

Las entradas sensoriales y las salidas motrices forman parte de los procesos cognitivos, que son conscientes e inconscientes, lógicos y analógicos, racionales y emocionales en diferentes grados, a menudo a la vez. Algunas regiones del cerebro pueden desempeñar un papel específico en algunas tareas, pero el cerebro es básicamente una enorme máquina de aprender, una máquina que adapta lenta pero constantemente su cableado interno a las demandas del entorno, incluidas tareas profesionales como traducir.

Pensar es pensar-para-actuar, y se hace no sólo en el cerebro, sino por el cerebro en interacción con el cuerpo y el entorno. La propia conciencia es un fenómeno emergente de esta interacción. Yo soy yo porque tengo este cuerpo y estas manos, me muevo así y aquí para esto.

El lenguaje es una herramienta de comunicación, pero también una herramienta de cognición, de pensamiento. Las lenguas no existen. Han oído bien, las lenguas no existen del mismo modo en que existe una llave, un tomate. Un diccionario no es la lengua. Una gramática no es la lengua. Una novela tampoco lo es. Las lenguas son abstracciones de lo único que existe, las hablas individuales de todos y cada uno de nosotros. Las lenguas son de sus hablantes y, aunque ha resultado una bendición contar con un organismo como la RAE para mantener la unidad de la lengua, tampoco hay que tomársela tan en serio. Como otras instituciones, la RAE tiene que ir siempre un paso por detrás, levantando acta de lo que decidimos hacer con nuestra lengua.

Para los traductores es crucial aprender que las palabras no tienen significado. Aquí, "tienen" es algo físico, como un tomate. Las palabras no son estuches que rellenamos con unos contenidos que luego otros sacan y consumen. Las palabras no son estables ni universales, significan lo que sus hablantes quieren y entienden. Nos pasamos la vida aprendiendo el lenguaje y ajustándolo a nuestros interlocutores a los tiempos que corren, a las nuevas realidades, a los desusos. El significado, en realidad, está en la cabeza y nunca sale de ahí. Por eso inventamos el lenguaje. En la esperanza de que, al emitir determinados sonidos, gesticular de un cierto modo, garrapatear símbolos en un papel, en una pantalla o en la pared, otros vendrán que construyan en su cabeza algo lo suficientemente parecido a lo que queríamos decir como para darnos por satisfechos, como para poder decir "nos entendió".

No hay transferencia alguna de una lengua a otra. Enviamos símbolos y el significado lo pone cada cual. Personas con destrezas lingüísticas similares pueden comprender mejor o peor porque comprender es un

ejercicio activo, es algo que uno hace. No es sólo dominar una lengua, también hay que ser un buen comprendedor. El significado es enciclopédico. Cuando pienso en "abuela" no pienso en su definición, sino en la mía, en su aspecto, su comida, sus sentimientos, sus costumbres, sus plantas. Pienso en todo lo que sé sobre mi abuela. Y no es una cosa, es un proceso, la parte de la experiencia mental en curso que provocan los símbolos, por eso pienso en mi abuela de muchas maneras, adaptadas a la situación.

Si pensaron en su abuela cuando lo mencioné, consideren ahora las diferencias entre esta ocasión y la última vez que algún familiar les mencionó a su abuela en la intimidad. ¿Pensaron lo mismo? Seguramente, no. Los símbolos lingüísticos activan rutinas mentales más o menos arraigadas, y las que cuadran con el contexto siguen activas y se elaboran con más detalle. El contexto es dinámico porque, en realidad, tampoco está ahí fuera. Es la información que se activa en la mente en diversos grados en un momento dado para apoyar la construcción de significados. Afortunadamente, nuestra experiencia mental es mayor y más rica de lo que las lenguas pueden y quieren codificar. De hecho, esa pobreza hace posible comunicarse. Si abuela significara todo lo que tengo en la cabeza, nadie me entendería, porque tienen otras ideas de abuela. Lo importante es que compartimos algunas cosas y esas son las que comunicamos. Sabemos que cada uno piensa en su abuela, pero también sabemos que lo que compartimos es mucho menos, y mucho más general.

Vamos a otras cuestiones concretas, siempre en la línea de sorprenderlos, de arrancarles esa cómoda seguridad basada en espejismos que les impide ver lo que los rodea como futuros comunicadores profesionales. No hace falta que estén de acuerdo conmigo, ya lo estarán. Casi mejor si se sorprenden, si se indignan, si rechazan lo que digo, si eso los lleva a reflexionar.

Uno no aprende a traducir. Todo bilingüe, incluso con un dominio modesto de otra lengua, puede traducir. Lo que no puede es hacerlo profesional-

mente. Para ello necesita profundizar en esa capacidad natural, acumular experiencia y también aprender una montaña de cosas dispersas, desde que los títulos nunca llevan punto hasta que cuando se toca *bluegrass* el violín se llama *fiddle*. El nivel superior de dominio de una lengua no es el nativo: es el profesional. De todos modos, los traductores somos comunicadores. Lo nuestro no es un asunto de lengua, sino de comunicación. Naturalmente, el barro de nuestros jarros es la lengua, pero nosotros, alfareros de las ideas, hacemos jarros, no barro. La pregunta no es cómo se dice esto en esta o aquella lengua, sino cómo lo dirían los que la hablan.

Toda comunicación es interactiva y multimodal. Las palabras nunca vienen solas. No pueden hacerlo. La entonación, la velocidad, el acento, el tipo de fuente, la disposición del texto en la página, las ilustraciones. Todo significa. Los intérpretes simultáneos leen textos, reciben *feedback* del público y del orador. Los traductores preguntan a los clientes, a los revisores, trabajan en equipo. Una y otra vez nos repetimos las normas en voz alta para asegurarnos que no flaquean esas reglas que luego tenemos que usar sin fijarnos en ellas. Así aprendemos, adaptamos y usamos la lengua. Mucho más los traductores, porque lo hacemos también por profesión. Por eso es un error venir con nosotros al cine a ver una película subtitulada. Pero piensen que cada vez que corregimos lo que aparece en pantalla no lo hacemos para fastidiar ni por pedantería: es refuerzo de la norma, una mera defensa propia.

Los organizadores me preguntaron también por la cultura. Desde una perspectiva cognitiva, la cultura es el conocimiento acumulado de cualquier tipo. No es sólo el *Quijote* y Astor Piazzola. Desde las uñas de gel hasta las obras de Hannah Arendt. Desde el color de las mandarinas hasta la triste suerte de Santiago Maldonado. Desde el gauchito Gil hasta Bergoglio. No es compartirlo, es conocerlo. Papá Noel es parte de nuestra cultura, como lo son *Los Simpson*, *Casablanca* y el sushi. La cultura no tiene fronteras ni banderas y confundirla con estereotipos nos convierte en traductores de segunda.

Porque, además, la cultura no está relacionada directamente con la lengua. Si lo estuviera, vosotros (¡ustedes!) y yo tendríamos la misma cultura, pero no es así. Asociar lengua y cultura es un invento de la burguesía decimonónica. Las versiones de cultura como saber y altar nacional no llevan a ningún lado. Hace algunos años que tengo estudiantes de Rosario en mis clases en Italia y se nota más diferencia por la edad, por ejemplo, que por el país, pero no somos iguales. Hay grados, hay matices. Pero traducir se basa en la noción fundamental de que es más lo que nos une que lo que nos separa. Que hay terreno común. Lo demás son oropeles. Fascinantes, inagotables fuentes de curiosidad y maravilla. Pero a veces tan cotidianos como el mate.

Decíamos ayer... (bueno, más arriba), que no somos máquinas. Hay progreso, cambios y altibajos en nuestro trabajo y eso es normal. La fatiga mental es natural. Uno se recupera con relativa rapidez, pero tiene que cambiar el foco de atención de vez en cuando porque nuestra capacidad de evaluar nuestro propio rendimiento decae también con la fatiga. No sabemos, realmente, cómo resolverlo. La mayor parte de la gente usa metáforas en las que funcionamos con una cierta cantidad de recursos que asignamos aquí y allá, como si fuera energía, pero no es así. Además, eso no agota el problema. Uno se pregunta, cuando aceptamos que un médico se puede haber equivocado, que un abogado escogió la estrategia errónea, que un maestro tuvo un mal día. Uno se pregunta, cuando identificamos el estilo de un periodista, adivinamos de qué grupo o compositor es una música que escuchamos por primera vez, cuando vemos un cuadro de Hopper y tiene que ser de Hopper. Uno se pregunta, a qué viene pensar que nosotros somos máquinas, que hay verdades universales, que lo dicho está ahí y no hay más que repetirlo, pero en otra lengua, de modo automático. Uno se pregunta, si respirar no los hace neumólogos, ¿por qué andan diciendo tantas tonterías sobre la traducción, si nunca se enfrentaron a hacerlo?

Para estas y otras preguntas busca respuesta la traductología cognitiva. Un nuevo modo de estudiar la comunicación multilectal mediada, porque pensar no es lo que pensábamos.

Sugerencias de lectura

- Alves, Fabio; Jakobsen, Arnt L. (eds.) (2021). *The Routledge handbook of translation and cognition*. Nueva York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315178127>
- Ehrensberger-Dow, Maureen (2015). An ergonomic perspective on professional translation. *Meta*, 60 (2): 328. <https://doi.org/10.7202/1032879ar>
- Ehrensberger-Dow, Maureen; & O'Brien, Sharon (2015). Ergonomics of the translation workplace. *Translation Spaces*, 4 (1): 98-118. <https://doi.org/10.1075/ts.4.1.05ehr>
- Halverson, Sandra (2015). Cognitive Translation Studies and the merging of empirical paradigms. The case of "literal translation". *Translation Spaces*, 4 (2): 310-340. <https://doi.org/10.1075/ts.4.2.07hal>
- Halverson, Sandra L.; & Muñoz Martín, Ricardo (2021). The times, they are a "changin": Multilingual mediated communication and cognition. En Muñoz Martín, Ricardo; Halverson, Sandra L. (eds.), *Multilingual mediated communication and cognition*. Abingdon: Routledge, 1-17. <https://doi.org/10.4324/9780429323867-1>
- Muñoz Martín, Ricardo (2017). Looking toward the future of cognitive translation studies. En Schwieter, John W.; Ferreira, Aline (eds.), *The handbook of translation and cognition*. Hoboken, NJ: John Wiley-Blackwell, pp. 555-571. <https://doi.org/10.1002/9781119241485.ch30>

- Muñoz Martín, Ricardo (2021). Situated cognition. En Gambier, Yves & Luc van Doorslaer (eds.), *The handbook of translation studies*, vol. 5. Amsterdam: John Benjamins, 208-213. <https://doi.org/10.1075/hts.5.sit1>
- Muñoz Martín, Ricardo. [en prensa]. *Traductología cognitiva. Tratado general*. Las Palmas de Gran canaria: UPLGC.
- O'Brien, Sharon (2012). Translation as human-computer interaction. *Translation Spaces*, 1, 101-122.
- O'Brien, Sharon; & Ehrensberger-Dow, Maureen (2020). MT Literacy: A cognitive view. *Translation, cognition & behavior*, 3, (2). Amsterdam: John Benjamins, 145-164. <https://doi.org/10.1075/tcb.00038.obr>
- Risku, Hanna; & Dickinson, Angela (2009). Translators as networkers: The role of virtual communities. *Hermes*, 42. Aarhus: Aarhus University, 49-70. <https://doi.org/10.7146/hjlc.v22i42.96846>
- Risku, Hanna; Rogl, Regina; & Milošević, Jelena (2020). Researching workplaces En Erik Angelone, Maureen Ehrensberger-Dow & Gary Massey (eds.), *The Bloomsbury companion to language industry studies*. Londres: Bloomsbury, 37-62. <https://doi.org/10.5040/9781350024960.0007>
- Shreve, Gregory M.; & Angelone, Erik (eds.) (2010). *Translation and cognition*. Amsterdam: John Benjamins.
- Schwieter, John W., & Ferreira, Aline (eds.) (2017). *The handbook of translation and cognition*. Hoboken: Wiley.

Colección Traducción y confluencias

Traducción y
Neurociencia



CENTRO DE ESTUDIOS
INTERDISCIPLINARIOS



UNR

Traducción y neurociencia / Candice Francés ... [et al.]; Compilación de Agustina Casero; María Sara Loose. - 1a ed. - Rosario: CEI ediciones, 2024.

Libro digital, PDF - (Traducción y confluencias / Piemonti, María Gabriela; 5)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-82864-7-1

1. Traducción. 2. Neurociencias. I. Francés, Candice II. Casero, Agustina, comp. III. Loose, María Sara, comp.

CDD 410.1

Equipo editorial

Editor responsable: Darío Maiorana, Centro de Estudios Interdisciplinarios (CEI)

Coordinadora de la colección: María Gabriela Piemonti, (Cuerpo de Traductores, CEI)

Corrección y Compilación: Agustina Casero y
María Sara Loose (Cuerpo de Traductores, CEI)

Edición y maquetación: Cintia Corestein (CEI)

Diseño de tapa: Cintia Espinosa (CEI)

Francés, Candice; Martino, Pablo; Cervigni, Mauricio; Calvo, Noelia; Muñoz Martín, Ricardo.
Universidad Nacional de Rosario, 2024

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Publicado bajo licencia Creative Commons



Edición y publicación Centro de Estudios Interdisciplinarios, UNR

Director: Prof. Darío Maiorana

Maipú 1065 3° piso of 309, Rosario, Argentina

Tel: (0341) 4802781

Correo electrónico: cei@unr.edu.ar